

MOTIVO RELACIONADO CON EL CONFLICTO EN EL ARTE RUPESTRE DEL PERIODO DE DESARROLLOS REGIONALES EN LA ARQUEOLOGÍA DEL NOROESTE ARGENTINO

The confrontation motif in the rock art of the Regional Developments Period in the archaeology of NW Argentina

Alicia Ana FERNÁNDEZ DISTEL

CONICET. Universidad Nacional de Jujuy. Dr. Sabin 1029. 4600 S.S. de Jujuy, Argentina. Correo-e: distel@cootepal.com.ar

Fecha de aceptación de la versión definitiva: 01-09-06

BIBLID [0514-7336(2007)60;269-277]

RESUMEN: El motivo o tema de la guerra y la portación de armas en el arte rupestre de las provincias andinas argentinas es el motivo de este artículo. Respecto a la época, se lo ubica en el llamado “Periodo de Desarrollos Regionales” entre los años 900 y 1430 después de Cristo.

Se discute sobre si es posible extender lo consignado por ciertos cronistas mestizos y españoles (Poma de Ayala y Cieza de León) a la interpretación de este motivo. Estas Crónicas de la Conquista hablan de una época preincaica de conflicto interétnico permanente o Edad de los *Auca Runa*.

Se plantea si el motivo tiene igual presencia que las imágenes de caravanas que también se dan en este periodo y se alude a la tradición oral para dirimir la cuestión.

Palabras clave: Arte rupestre. Iconografía. Guerras antiguas. Cronistas de Indias.

ABSTRACT: This article deals with the motif (or theme) of war and weapons in the rock art of the andean provinces of Argentina. This motif appears repeatedly during the Regional Developments Period (900-1430 AD).

It is interesting to discuss the possible extension of the so called “Warriors Era” of the Spanish Chroniclers in Perú (Poma de Ayala and Cieza de León) to the interpretation of this motif. These Chronicles speak about a Pre-Inka Era characterized by unrest and confrontation among andean groups.

At the same region and period the motif of lama caravans increase its importance. Oral tradition is decisive to adopt or to reject the peruvian model.

Key words: Rock art. Iconography. Ancient wars. Spanish Chroniclers.

1. Ubicándonos en el tema

Se discute en este artículo una conclusión a la que cíclicamente y con signo contradictorio se arriba en la arqueología de Jujuy y Salta, las provincias más nórdicas y andinas de la República Argentina. Es una inferencia que se aplica al arte rupestre grabado y pintado del periodo llamado de “Desarrollos Regionales” ubicado entre el 900 y el 1500 DC.

Consiste en adjudicar un periodo de conflictos y guerras internas a los pueblos de la zona, identificable con un lapso de inestabilidad en todos los Andes del Sur, que se revertiría en iconografía bélica.

Para ello es necesario clarificar el estatus de los términos “motivo” en general y “motivo caravanero” más “motivo del conflicto”, con anclaje en las definiciones de autoridades científicas específicamente dedicadas al arte rupestre sudamericano. También debe tocarse el tema de la uniformidad surandina en el periodo mencionado, unidad que legitimaría el recurso de identificar estos dos temas que parecerían verdaderos “motivos guías” e indicadores culturales *sensu*¹ Gradin, 1978.

¹ En adelante toda palabra en latín, inglés o quichua será colocada en cursiva.

Asimismo es necesario identificar los modelos teóricos dentro de los que se produjeron las distintas interpretaciones por parte de varios arqueólogos que han puesto especial énfasis en el tema.

Cabe aludir al peligro que significa, en el estudio del arte rupestre, el penetrar dentro del campo de la interpretación o síntesis, cuando las etapas de registro y análisis aún presentan tantas lagunas. Riesgo que se intensifica si se hace un uso indiscriminado de la etnohistoria y una lectura literal de cronistas coloniales. Ambas fuentes ubicadas en el Perú y no en los Andes Meridionales.

Para semantizar esas escenas de enfrentamientos y portación de armas es interesante contar con la tradición oral actual. Esto ha sido posible en Lípez, sur de Bolivia, zona limítrofe con la de este estudio, donde también se habla de la “guerra antigua” dándole el mismo nombre con la que la consagra Poma de Ayala (Guerra de los *Auca Runa*). La identificación de la memoria actual con un hecho de los años 900 a 1300 habría sido decisiva si a la par no se hubiese informado sobre otros contenidos míticos, verdaderas fabulaciones libres, permitiendo comprobar que lo de la guerra es una recreación histórica mitopoyética (Gil García, 2005).

2. Los dos principales modelos: el de la *pax* andina y el de la era de los guerreros

No entrarán aquí en consideración los dichos de los arqueólogos viajeros quienes en realidad fueron los primeros en documentar representaciones con connotaciones bélicas, como sería el caso de Eric Boman.

Sí se tomarán ejemplos de lo producido en el campo de la arqueología de los Andes Meridionales con posterioridad a 1972 cuando irrumpe con fuerza el recurso metodológico de la inferencia² con bases etnohistóricas a partir de la publicación de J. Murra, "El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las Sociedades andinas".

La mencionada obra dio pie a que se considere a los Andes, en su etapa prehispánica, viviendo en total armonía, dando lugar a que L. Núñez (1987: 100) hable de un periodo de "paz circumpuneña". Ello operando una selección de la información³ lo que llevado al campo del arte rupestre se vuelve aun más arbitrario.

Dentro del marco de tradición marxista, convenía ver al nativo como un caravanero intercambiador de bienes en una sociedad protoestatal cuya estructura productiva estaba asegurada, sin necesidad de incursionar en el mercantilismo. Las relaciones sociales de producción estaban tan bien tendidas que el pacífico andino lograba establecerse como un itinerante cíclico, conocedor de los distintos "pisos" altitudinales y ecológicos y sus potencialidades. El concepto se reforzó, para la época, con la obra de T. Lynch quien produjo en 1975 su "Algunos problemas básicos de caza recolección andina: trashumancia"⁴. Es decir, que al segmento más bien tardío que abordaba J. Murra, se le adicionaba, yendo para atrás en el tiempo, el segmento del cazador recolector, de modo tal de dejar configurada una visión sobre el andino absolutamente romántica.

El desafío inaugurado por estos autores fue adoptado por distintos arqueólogos, quienes, sin salirse de estos marcos, perfeccionaron el modelo yendo a las raíces profundamente pastoralistas del *coya*⁵. Sin embargo, su economía agropecuaria también obligaba a poner énfasis en los productos agrícolas.

La década de 1990 marcó el descrédito del materialismo histórico y el abandono de las inferencias de corte romántico al aceptarse que existe una "antropología económica" y que dentro de esta disciplina el llamado "análisis de las decisiones" puede ayudar a develar incógnitas⁶.

² Yacobaccio (1991: 187 y 192) dice que la metodología inferencial no garantiza la veracidad de la conclusión, aunque las premisas sean veraces, las conclusiones pueden ser falsas.

³ La información arqueológica es el material bruto que se ofrece al arqueólogo quien debe transformarla en dato, luego de una fundada "interrogación" coherente con un modelo metodológico analítico (Borrero, 1984: 14).

⁴ Obra que tuvo dos antecedentes en 1971 y 1973.

⁵ Se introduce por primera vez esta palabra que se repetirá a lo largo del artículo por adecuación a estudios que indican que en época preincaica la zona del ángulo NO de Argentina estaba cubierta por la lengua puquina, idioma de la región Coya o Collado, precursora del aimará, y por la lengua quichua también derivada de la misma zona (Censabella, 1999: 289).

⁶ B. Goebel introduce en la literatura antropológica argentina estas técnicas que se definirían como "el análisis de las decisiones tomadas en condiciones de riesgo e impredecibilidad" (Goebel, 1998: 158).

De un modo acortado se habla de "Teoría del manejo del riesgo" con figuras fundantes en la antropología británica⁷. Su introducción en el análisis de las estrategias de pastores andinos del pasado y del presente parece lógica. Pero usar una tal metodología, que reconoce inscribirse en la arqueología evolutiva, al campo de la arqueología del arte es algo muy osado.

A la nueva teoría introducida se le yuxtapuso otra, que podría caratularse "indagación en la explotación diferencial de recursos y estudio arqueológico de la evolución social y sus estrategias de dominación y resistencia"⁸. Esta teoría resumible en el "estudio sobre la igualdad y la desigualdad social" en pueblos sin Estado, surgió para resolver problemas puntuales de la arqueología⁹. Aparecía como muy aplicable cuando de clasificar objetos suntuarios en museos o de interpretar el arte rupestre se trataba. En el marco de esta orientación teórica comienza Nielsen por hipotetizar "un estado de inseguridad o conflicto endémico en los Andes que se iniciaría alrededor del siglo XI y culminaría en el siglo XIV" (Nielsen, 1996: 439). El mismo autor en trabajos posteriores directamente habla de una "era de los Guerreros" (2002: 46). El autor intuye que su postura entra en contradicción con el autoritario pensamiento de Lautaro Núñez (1987) y por ello en otra obra (Nielsen, 2005: 75) especifica que poner en duda la gravedad de los enfrentamientos es mera reacción para evitar que se derrumben los principios de complementariedad ecológica y social andinos antes mencionados.

De más está decir, porque el lector inmediatamente lo captará, que el segundo abroquelado teórico, entre líneas, ataca a la dialéctica del materialismo histórico dándole al conflicto valor causal para la transformación social. Porque el marco teórico que se está analizando sólo hace hincapié en el estado de inseguridad y riesgo, como desencadenante de nuevas formas de cooperación y nuevos marcos de organización.

Para anclar la idea con la realidad arqueológica se recurre al arte rupestre que debe brindar indicadores (Nielsen, 2005: 87) y líneas de evidencia (Nielsen, 2005: 83 y 87), es decir, información (ver nota 2). Ya se daba por comprobado que en el lapso 900-1200 DC el hombre andino había elegido puntos de valor defensivo a expensas de ventajas económicas y de acceso a recursos vitales como el agua o la tierra (Nielsen, 1996: 439) y había entrado en un periodo de ostentación competitiva con el nacimiento de una verdadera elite circumpuneña (Nielsen, 2005: 85).

El paquete de las dos teorías entra en lo que dio en llamarse arqueología postprocesual, mucho más permisiva que la rígida hipotética deductiva *New archaeology*. Ellas, con sus modelos emergentes convierten a la religión y al mito, al arte y a la estética en epifenómenos. Un objeto bello legitima la desigualdad reinante en el momento, es un capital que se exhibe para reforzar la presencia de una elite, un ritual complejo es así una manipulación de los líderes del momento.

⁷ Y adherentes importantes en Argentina. Ver Lanata y Borrero, 1994.

⁸ Principal referencia es el trabajo de Nielsen (1996) también con antecedentes en la antropología británica.

⁹ Como la anterior, este enfoque también responde a la llamada "arqueología evolutiva".

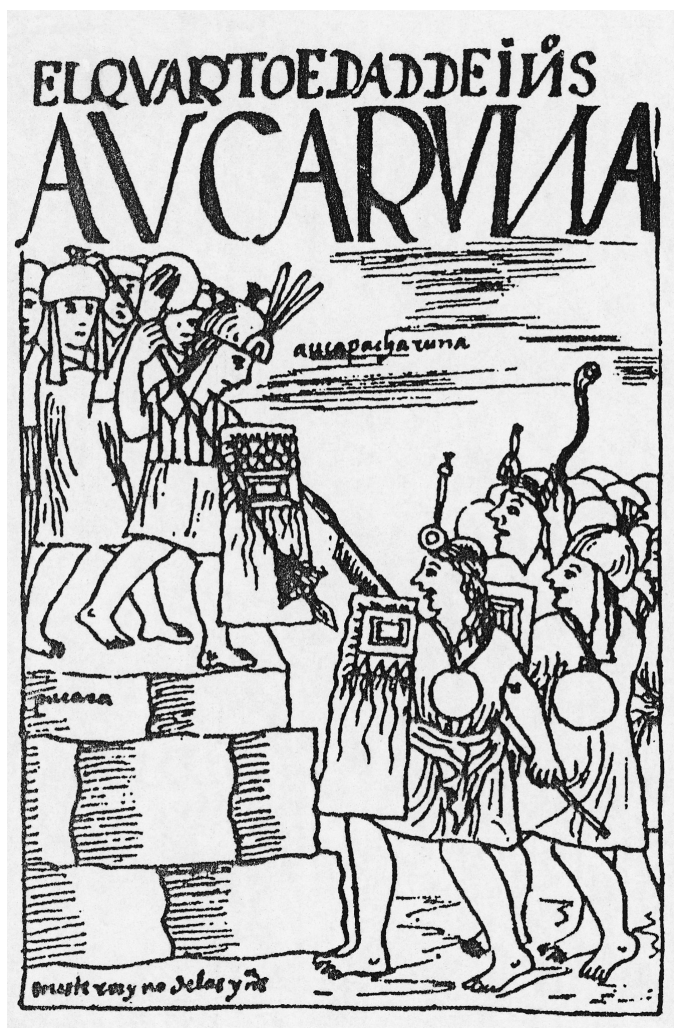


FIG. 1. Ilustración del libro de Felipe Guamán Poma de Ayala para la Cuarta Edad del Mundo, la de los Auca Runa u Hombres Guerreros.

La religión y por extensión el arte son recursos supraestructurales para asegurar la reproducción de la cultura. Como resultado del estado de conflicto se generaliza un motivo (o tema) en arte rupestre y un “estilo internacional” en lo que hace a orfebrería, trabajo de la madera y el hueso y otras artesanías (Nielsen, 2005: 85).

A este andamiaje teórico se le suma, finalizando el siglo XX y cuando la etnohistoria como disciplina ha pasado distintos tamices, la lectura literal de cronistas del siglo XVII cuya exégesis está en proceso y hasta se está encarando su falsificación¹⁰. Me refiero a Felipe Guamán Poma de Ayala con su “Nueva Crónica y Buen Gobierno” (Fig. 1). Gracias a este autor el “conflicto endémico” de los andinos toma nombre: es el tiempo (*pacha*) de los (*Auca Runa*) hombres guerreros (Nielsen, 1995: 246 y 2005).

Esta guerra (preincaica) continua e inmitigable estaría retratada en el arte rupestre de Jujuy que a la vez es territorio rico en fortalezas o *pucara* del Periodo de Desarrollos Regionales preincaico.

Este tercer recurso teórico y técnico tiene su anclaje en la lingüística y los “vocabularios” como el aimará escrito

¹⁰ Las investigaciones sobre la impostura en “Nueva Crónica y Buen Gobierno” las encaró la doctora italiana Laura Laurencich Minelli y su equipo. Pueden consultarse varias de estas entregas críticas.

por Bertonio (1612) y el más reciente “diccionario” de Jesús Lara (1971). Las dos obras de Cieza de León (1553 y 1550-1554) y B. Cobo (1653) también se toman como fuentes.

Pero es Poma de Ayala el pilar básico de este modelo interpretativo. Se debe consignar lo endeble de las inferencias modernas pues: ellas se basan en el capítulo “Las cinco edades del mundo” que a su vez fue incluido en el libro del cronista jesuita a partir de que él copiara un repertorio hispano difundido para la época. Es el *Repertorio Cosmológico* de Rodrigo Zamorano de 1594¹¹.

La apreciación visual de la ilustración sobre los *Auca Runa* deslumbra y parece remitir directamente a las provincias del Noroeste argentino pues en un subtítulo se ve la palabra quichua *pucara* por “fortaleza”. Si bien el término está muy difundido en las provincias de Jujuy, Salta, Catamarca, para designar poblados defensivos preincas, también tiene su continuidad en época inca y mucho más hacia delante hasta llegar a la actualidad.

En esa ilustración los iconos a que recurre Poma de Ayala representan a un guerrero enjaezado como lo estaban las tropas incas, con lanzas, cascos y escudos¹². Hay en el dibujo: candidez, uso taimado de la presunta documentación consultada por el cronista, inexactitudes con fines contrahistóricas.

En el marco de una ideología misionera neo-inca cristiana que pretende imponerse en el siglo XVI en los Andes, las interpretaciones evolucionistas no deben asombrar y “lo inca” si bien dentro de “lo bárbaro”¹³ es más deseable. La utopía se instala, de la mano de los padres jesuitas.

En quichua cuzqueño la palabra *runa* no deja dudas: ser humano. La palabra *pacha* se traduce por mundo y tiempo. La palabra *auca* o *auqa* debe traducirse por enemigo, adversario (Lara, 1971: 69-70). En cambio para guerra hay que buscar el vocablo quichua *auqanákuy*. El mismo autor introduce el vocablo *auqaruna* aclarando que se traduce por “gente guerrera”, “población de la cuarta edad de Guamán Poma”.

3. Antes de los *coya*. Los *coya* y después (quebrada y puna de Jujuy y Noroeste argentino en general)

El fin del siglo XX, descorriendo velos y minimizando los abordajes románticos, trae la ventaja de producir obras en el campo de la lingüística que aclaran el uso de la palabra *colla* o *coya* para el habitante de la zona montañosa de Jujuy, Salta, Catamarca, Tucumán. Me refiero a D. Santamaría (2001) y M. Censabella (1999).

Se puede objetar que estas aclaraciones remiten al periodo inmediatamente precolonial, por lo tanto, que la

¹¹ Si se tiene en cuenta que Felipe Guamán Poma de Ayala produjo su obra hacia 1600 es evidente que tuvo un temprano contacto con este Repertorio. El índice de la obra de Zamorano puede consultarse en Cox (2002: 197-198). A su vez el Repertorio de Zamorano tiene antecedentes en otro de 1546 denominado *Repertorio de los tiempos*.

¹² En las indagaciones sobre la autenticidad de “La Nueva Crónica y Buen Gobierno” se llega a saber que quien puso la mano como escriba y dibujante para ayudar al jesuita Blas Valera en su falsificación fue Gonzalo Ruiz (Laurencich-Minelli y Numhauser Bar-Magen, 2004: 201).

¹³ Los incas serían un tercer tipo de bárbaros, los más evolucionados (Laurencich-Minelli y Numhauser Bar-Magen, 2004: 158).

pretendida uniformidad que da la instauración del término no es remontable al 900 DC cuando el análisis de este artículo comienza. Para esas épocas las fuerzas unificadoras incaicas no habían aún englobado a los Andes Meridionales con el epíteto de “Coyasuyo”, llamando presuntamente *coyas* a sus habitantes.

El Noroeste de Argentina no influenciado por los impulsos lingüísticos de la actual Bolivia y Perú, según Censabella (1999: 42), habría tenido los siguientes pueblos y lenguas: 1) existencia de atacamas hablando el kunza¹⁴; apatamas, casabindos, cochinos y omaguacas serían de esta extracción, 2) existencia de diaguitas-calchaquíes hablando el cacán, 3) existencia de lules hablando una lengua chaqueña.

La propuesta de Santamaría (2001: 18) para designar la población que cubre esta zona en época española es la de hablar de un “campesinado *kolla*” o directamente del *kolla* como del pueblo sucesor del mosaico antes expuesto. Aunque reconoce el autor que en ningún documento de la colonia encontró este vocablo¹⁵.

Dice M. Censabella: “Según Magrassi (1989) se denomina genéricamente collas a los descendientes de atacamas, diaguitas y omaguacas cuyos territorios fueran anexados a los del coyasuyo, porción sudoeste del Imperio del Tahuantinsuyu. Quechuizados y/o aimarizados por mitimaes cuzqueños, se supone que antes de la colonización española sus lenguas autóctonas coexistían con el vehicular quechua” (1999: 37).

Distintas observaciones no revelan violentos intentos por imponer una u otra lengua étnica de todas las nombradas mostrando la primacía de uno u otro pueblo sobre otro en la región. De modo que de haber habido un *pacha Auca Runa* en el cual la población estuvo subsumida durante los Desarrollos Regionales, el conflicto no debió pasar al plano lingüístico.

Ese presunto conflicto endémico y regional no debió tener un carácter impositivo como lo tuvo siglos más tarde la instalación del quichua imperial por parte de los incas. Imposición que tampoco debió ser tajante del momento que los españoles hallan hablantes cacán y cunza, lenguas que se esfuerzan, con éxito, en extirpar y hasta hoy en el norte de Chile hay resabios del puquina (Lehnert Santander, 2005).

4. Qué dice la tradición oral: el motivo de la “guerra antigua” en las narraciones

Hay que trasladarse imaginariamente al territorio del sur de Bolivia (Lípez, Departamento de Potosí) para poder contar con un corpus de versiones orales actuales sobre la presencia de ruinas defensivas (*pucara*), violencia y *ethos* bélico en la antigüedad preincaica. Es en relación a *coyas* de Lípez hoy simplemente autoidentificados como “campesinos”.

El investigador Gil García¹⁶ inicia una serie de interrogatorios a los vecinos de un *pucara* que se intenta habilitar para el turismo y recoge versiones sobre la “guerra antigua”

como las podrían haber recogido Poma de Ayala, Cieza de León o Bertonio. Las versiones pertenecen al campo de lo mítico, no por ello menos valiosas. Su intrínseco valor responde a que es necesidad de todo hombre el espacializar sus contenidos de memoria a la vez que encontrar un sentido para su estar aquí y ahora. Sobre todo con un tan complicado “vivir entre ruinas y murallas de fortalezas”.

El campesino de Lípez narra su historia no identificándose con ese “gentil” de las ruinas. Evidentemente repite y modifica lo que viene oyendo de sus abuelos y es consciente (porque por el *pucara* pasaron varios equipos de arqueólogos) que este tipo de profesional está ávido por resolver las causas de la actitud defensiva del antiguo (Gil García, 2005: 198). Por extensión el turista asume igual actitud. Y el nativo se obliga a explicar.

Pero a la vez que narra sobre la guerra antigua, lo hace sobre otras cosas maravillosas, como la contextura física de estos antiguos o *chullpa*, sobre su hábito de encerrarse, vivir con la luz de luna y eludir el ardiente sol, comer carne humana, degustar las comidas sin sal, etc. Se registra una verdadera construcción, creación mitopoyética (del griego *mythos*, relato y *poiesis*, construcción) (Forgione, 2000: 175).

Se define como mitopoyesis a aquel proceso que sufren algunos relatos por parte de una etnia determinada. Éstos siguen el canon tradicional de sus narraciones míticas pero resignifican determinados elementos simbólicos que proceden de otras culturas con las que han entrado en contacto. Los nuevos símbolos, por ejemplo un tema bíblico (el hablar de los moros o gentiles) o una enseñanza del arqueólogo (el hablar de la Era de los Guerreros *Auca Runa*), suelen resignificarse para la comunidad en un relato que en su esencia sigue siendo funcional para los hablantes.

Lo que recogió Gil García en Lípez es afín a los relatos mitopoyéticos que desde el Centro Argentino de Etnología Americana se recogieron en Coranzuli, Puna de Jujuy (Fernández Distel, 1993-1994). Aquí también el proceso de reconstrucción y creación mítica se desencadenó por la densidad de restos arqueológicos con que debía convivir el campesino, en este caso cuevas y pinturas rupestres.

Al arqueólogo (tal vez también al turista) le llamará la atención que ese campesino no identifique los restos con los incas y con ello la exactitud histórica se hace presente. El profesional terminará creyendo, si no está advertido de esta complicación que acarrea la mitopoyesis, que pudo avanzar en el campo de la etnoarqueología y apuntalar sus inferencias sobre la guerra antigua preincaica y la notoria *pax* impuesta desde Cuzco después de 1430¹⁷.

La escasa experiencia en los Andes al respecto de la mentada “etnoarqueología” parece mostrarla como campo de acción promisorio, sobre todo en regiones de estudio donde hay una tasa de pobladores indígenas importante, como sería el caso de Lípez o de Jujuy.

Pero el Viejo Mundo hubo de desistir de esta metodología etnoarqueológica. Como explica Renfrew (1990: 227) arqueología, etnohistoria y etnoarqueología aún no han conocido una interacción real y significativa. Los discursos que han intentado incorporar estas clases de evidencias no han tenido una realidad concreta.

¹⁴ Lengua posiblemente relacionada con el cacán.

¹⁵ Comunicación personal.

¹⁶ A partir del año 2000 aproximadamente y desde su cátedra en la Universidad Complutense de Madrid, España.

¹⁷ Año en que habrían entrado los incas al sur de Bolivia y Argentina.

El autor británico explica como lo hace Gil García que: lo máximo que puede esperar la arqueología es detectar procesos sociales que dejen huellas materiales en el registro arqueológico (armas en los museos y colecciones, los *pucara* y murallas, iconografía bélica como en el caso de este artículo).

5. Iconografía guerrera en el arte rupestre de Jujuy

Bajo la trivial y convencional aceptación de que las cosas son “lo que parecen” recurriendo a una experiencia literal de la cultura occidental nadie puede negar que en Jujuy y Salta hay sitios de arte rupestre de la época de Desarrollos Regionales que muestran escenas de uso de armas y violencia (guerra?).

Se cuentan en media docena los sitios con pictografías que en Jujuy muestran estas escenas por lo general muy completas. Situados en la Puna (Barrancas –Fig. 2–, Incahuasi, Doncellas, Pucara de Rinconada) o en el borde del altiplano (Cueva de Morado, Kollpayoc, Chayamayoc, Coctaca). Sin embargo, la buena conservación de sus paneles, su tamaño y claridad interpretativa, los ha erigido en los principales promotores de que sí, efectivamente, en Jujuy existió “un momento histórico agobiado por alguna forma de inestabilidad social y/o económica a la que se intentó resolver o desanudar a través del enfrentamiento armado” (Fernández, 2000: 97).

Más son los sitios que muestran armamento aislado, sobre todo las famosas hachas de bronce con forma de ancla (Cerro Colorado, Sapagua, Ucumazo, Inca Cueva 1). Del armamento, el hacha es lo que más se representa, o solamente la parte de la hoja (sitios precedentemente mencionados) o con su mango (Sococho, Corralito). Aunque hay consenso en los autores en afirmar que estas hachas eran mayoritariamente simbólicas.

Efectivos análisis realizados por L. González y su equipo sobre una de tales hachas calchaquíes demostraron que la pieza no fue elemento de trabajo, sino un ornamento o símbolo de autoridad (González, 2004: 252). El hecho de que éstas fueran “hachas insignia” no descarta que también tuvieran un uso no en el laboreo de maderas u otros trabajos¹⁸. Su rol como arma ofensiva lo demostró el trabajo de Téllez y colaboradores (2002) centrado en tipificar hachas en tumbas de San Pedro de Atacama y a la vez detectar contusiones craneanas.

El nombre que se ha consagrado en arqueología para estas hachas es el de *toki*¹⁹. También, algunas veces se halla la palabra *tumi*, que significa cuchillo. La palabra quichua para hacha es *ayri* (Lara, 1971: 280) (Figs. 2 y 3).

Dentro del armamento calchaquí como ineludible, también figuraba el escudo. Realizado en material perecible, ha quedado uno muy decorado que fue descrito por A. R. González (1967). Proviene de la Provincia de San Juan pero puede hacerse extensible a la cultura de los calchaquíes. La representación de escudos en el arte rupestre de Jujuy es frecuente y en ello puede verse una influencia calchaquí pues los escudos representados en Jujuy son



FIG. 2. Dos figuras de arqueros vestidos con túnicas, arte rupestre de Barrancas, Jujuy, Argentina. Cada figura tiene 6 cm de alto. Edad estimada: 1200 después de Cristo.

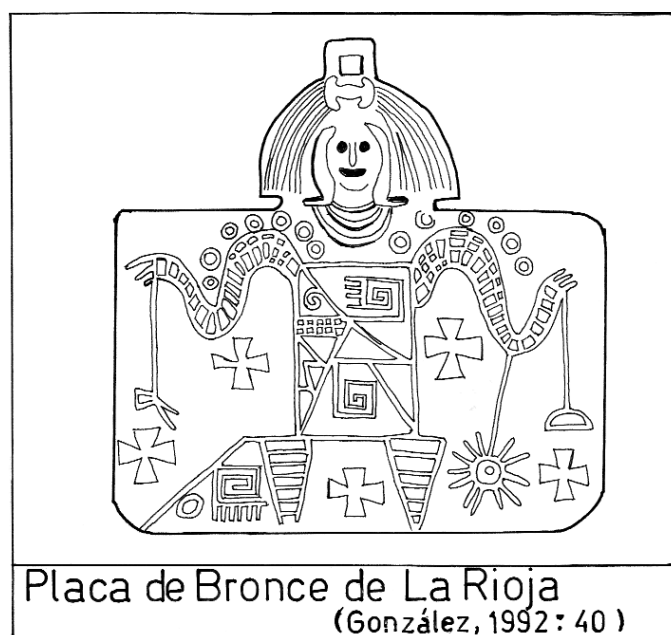


FIG. 3. Placa de Bronce calchaquí, región andina de Argentina. Presenta iconografía de un guerrero con maza estrellada y cuchillo en un brazo y hacha en el otro.

simples, sin tanto recamado. El llamado disco de bronce calchaquí también fue una suerte de escudo o pectoral protector²⁰.

Omaguacas y atacameños compartían con los calchaquíes otro elemento que es el brazal para proteger la muñeca en el momento del lanzamiento con el arco²¹ objeto que tampoco está representado en el arte rupestre. Aparentemente se usaba uno por guerrero portado en la muñeca del brazo izquierdo.

Respecto a la máquina que contribuyese a lanzar los dardos y flechas hubo dos: el propulsor y el arco. Ambos están representados en el arte rupestre pero portados por

¹⁸ González (2004: 254) explica que un hacha de bronce del tipo “hacha con mango” (es decir, de bronce de una sola pieza) demostró tener el filo de corte martillado y recocido.

¹⁹ No se puede confirmar el origen lingüístico de esta palabra.

²⁰ Aunque su diámetro no supera los 30 cm.

²¹ También llamados “tensores” y “manoplas”, evidentes objetos de uso guerrero, fueron analizados por González y Núñez Regueiro (1969).

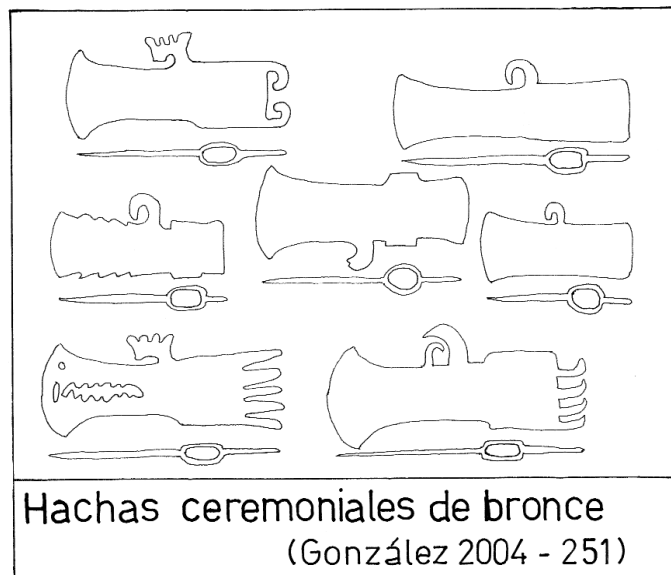


FIG. 4. Las hojas de las hachas emblemáticas de los calchaquíes, región andina de Argentina.

hombres, nunca solos. Para llevar las flechas enastadas a la espalda se usaba algún tipo de carcaj, objeto que parece estar representado en Inca Cueva 1, Incahuasi y otros sitios²². Las puntas de las flechas podían ser de piedra, de hueso o de madera.

Existe cierto consenso en creer que el propulsor fue la herramienta o máquina para lanzar de la época precerámica por ser las puntas (siempre de piedra) de este periodo espesas, pesadas y con astas de diámetro ancho. Se han hallado las puntas, las astas y también los propulsores completos, hasta ahora siempre asociados a capas culturales precerámicas. Hay una buena representación de propulsor en el arte rupestre del Periodo Formativo Inferior, aproximadamente del año 0, en Cerro Bayo, Dep. Cochínoca.

En Inca Cueva 1 hay representado un lancero solitario, de frente con su larga lanza. Dado que la representación no deja dudas, debe pensarse que se siguieron usando en época agroalfarera las puntas de piedra del periodo precerámico o que algunas puntas de flecha en hueso o madera halladas en los *pucarás* omaguacas eran enastadas para conformar lanzas.

No se cuenta con representaciones de boleadoras²³ y mazas estrelladas, aunque a nivel museográfico sí son frecuentes. A veces parecen verse hombres con mazas o palos en las manos, pero sin el detalle de ser mazas estrelladas (Huachichocana, Cerro Pircado). Respecto a las hondas, Boman (1992: 665) creyó identificarlas en el fresco principal del Pucara de Rinconada (Fig. 5), al indicar que algunas figuras tenían una línea que atravesaba el pecho, es decir, un objeto llevado en bandolera.

²² La representación del arco en posición de ser lanzado y a la vez la emplumadura dorsal y/o el carcaj obligó a usar una perspectiva deformada, *Twisted perspective* según Bednarik (2001: 219). Se la detecta cuando algunos elementos de un objeto representado (por lo general un biomorfo) son mostrados en diferentes perspectivas. También se habla de perspectiva biangular.

²³ Son dos los tipos fundamentales de boleadoras: la bola perdida en la que el cordel termina en una sola bola y la boleadora de a tres bolas. Parecería que de la primera habría representaciones grabadas, por ejemplo, en Quebrada Seca de Aparzo, Humahuaca.

A través de cronistas españoles se sabe que los calchaquíes conocían venenos para emponzoñar las flechas. Por la proximidad, hasta de orden familiar con los omaguacas y atacamas, es posible que éstos también conocieran tales pócimas.

Para dirimir cuestiones bélicas la lucha cuerpo a cuerpo también debió tener lugar como lo demuestra una representación hallada en Inca Cueva 1.

Las trompetas de hueso, por lo general finamente grabadas con motivos geométricos, son consideradas por A. Nielsen (2005: 85) como emblemas guerreros. Este instrumento musical tuvo gran importancia en la Quebrada de Humahuaca.

6. Concepto de escena y los motivos guías de las caravanas y de la guerra tribal

Una escena en arte rupestre surge de la necesidad del artista de plasmar experiencias, realizar anuncios, o simplemente relatar comunicándose. Con sus dibujos el pintor acerca al observador a diversos temas. Pero ¿el sentido o lógica de hoy que une las figuras asociadas habrá sido el mismo que el del hombre antiguo?, ¿no se estará frente a un mero grupo de figuras?, ¿cuál sería el eventual límite de la escena y con qué criterios establecerlo?, ¿no se estará frente a la ilusión óptica de que todas las figuras, igual que en una fotografía, están en la misma dimensión temporal sin estarlo?, ¿la presunta coherencia que surge de tales escenas no estará relacionada con la experiencia occidental de “ver figuras”? Estos y otros recaudos fueron tomados de Lenssen Erz (1992) quien recomienda extrema cautela en el uso de la palabra escena. Su recomendación es tratar de identificar un foco de interés en la representación y relaciones sintácticas –coherencia– entre las figuras.

De los trabajos en arte rupestre andino (Fig. 6) surge que el uso del término escena es bastante indiscriminado, asociándolo con los vocablos “panel rocoso” o “soporte”. Es decir, que no se va a la esencia de lo representado, sino al fondo (bastidor o *canvas*) dentro del cual se representó²⁴.

El término “motivo” es igual de polisémico que el término escena. Para Gradín (1978: 121) motivo sería la unidad artística, la obra. Puede componerse de varios elementos o de uno solo realizados en un acto unitario. Hay posibilidades de distinguir una tal unidad por sus rasgos técnicos pero también por rasgos de contenido, dinamismo y anécdota.

Con esto último se entra a lo que Gradín llama “indicadores culturales” (1978: 125) definidos por él así: “Se trata de motivos²⁵ que permiten correlaciones cronológico culturales, unas veces por representar elementos o escenas de conocida extracción, otras por ser rasgos distintivos

²⁴ También se habla de “soporte rocoso”. Como en el Noroeste argentino el arte rupestre se ubica en facetas de rocas aisladas o en aleros con caras perfectamente delimitables y que fueron usadas por el artista, aparentemente, con unidad de tiempo, este vicio de identificar la escena con la mera agrupación de figuras es frecuente.

²⁵ Gradín en un trabajo anterior los llamaba “Motivos guías”.

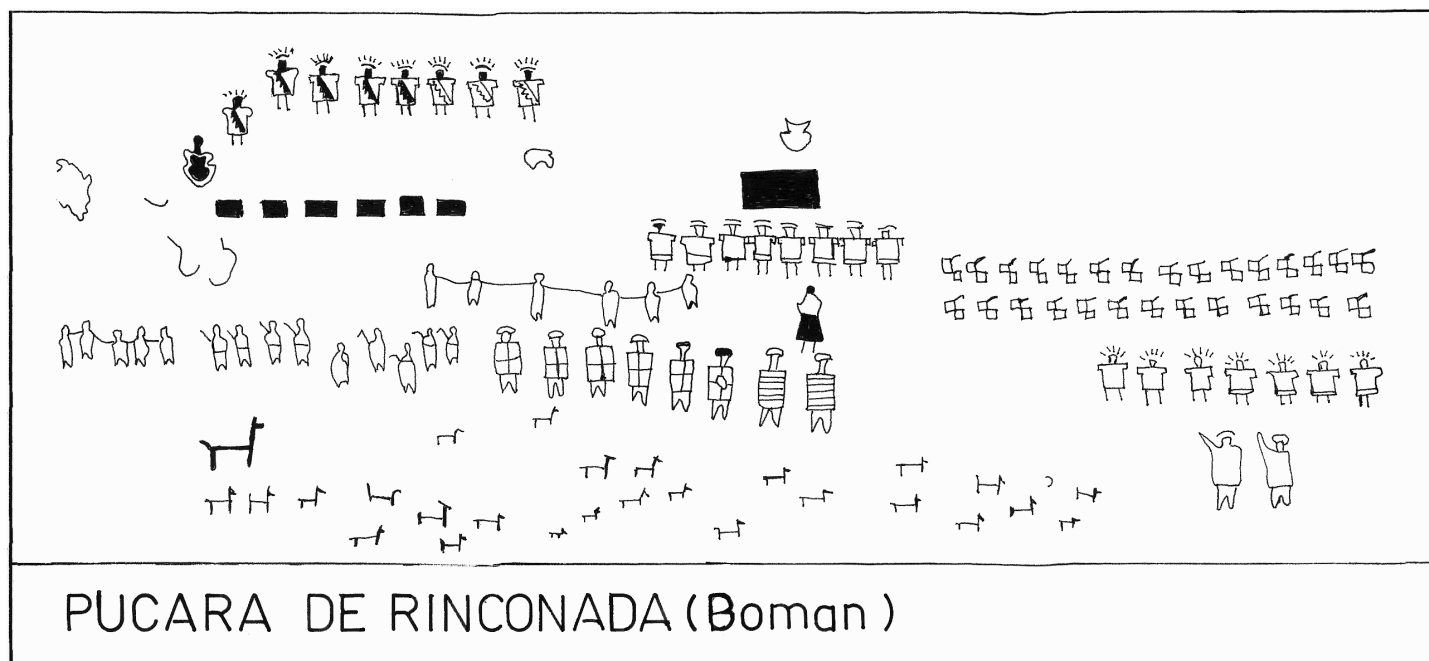


FIG. 5. Escena de dominación y despliegue (bélico?) en el Pucara de Rinconada, Jujuy.

de las formas de arte de una cultura cuya datación y dispersión se conoce fehacientemente”. No siempre los motivos de este tipo son representativos mostrando hombres, animales y objetos. También puede haber motivos guías de carácter estereotipado, decorativo y cáltico, estas tres categorías mayoritariamente geométricas.

Aun dentro de un marco de análisis lo más científico posible, definiendo bien unidades de análisis y grupos estilísticos, y recién dentro de éstos a los motivos, la inferencia en arte rupestre no puede ser eliminada. Son las inferencias de gabinete, según Gradin (1978: 125).

No son muchos los motivos guías que se citan en el arte rupestre del Noroeste argentino y los principales son el de las caravanas y el de las guerras tribales. Al primero también se lo llama “motivo de tiro”, es decir, que representa el arreo de camélidos sean éstos atados o sueltos. Que haya motivos de caravanas en el arte rupestre del altiplano limítrofe con Bolivia y Chile no asombra pues sus pueblos fueron reputados pastores, que haya motivo de caravanas en el arte rupestre de la Quebrada de Humahuaca indica el alto grado de integración económica a que llegaron los pueblos andinos (Nielsen, 2005: 82), pero también el dato que mediante la guerra se ha capturado un botín de llamas (Nielsen, 2005: 98).

Respecto al motivo bélico o de combate, obviando las salvedades expuestas por Lenssen Erz y Gradin (entre otros tratadistas que con tanta insistencia vuelven al tema de la escena) hay un trasfondo de violencia y poder y al decir de Marta Ruiz (2005: 91) “Las figuras antropomorfas portando armas, vistosos atuendos y adornos cefálicos, estarían indicando el reflejo de un momento histórico de control a través del ejercicio del poder. ¿Cuánto de violencia simbólica tienen estas pictografías en sus contextos de producción?”.

El poder se basa en el hecho de encontrarse un grupo en posición de control de los acontecimientos. Es la posibilidad de imponer la propia voluntad dentro de un conjunto de relaciones sociales, sea cual fuera la base de esta

posibilidad. Continúa la autora explicando que el curaca que en su momento dominaba el *pucara* y que se representaba él mismo en las escenas se legitimaba de ese modo ante su comunidad. A su vez el tráfico de larga distancia y las caravanas le interesaban para el control del territorio. De modo que “caravanas” y “motivos guerreros” tenían una misma lógica y una misma intensidad.

Como en el arte rupestre de la Quebrada de Humahuaca los motivos de caravanas y de guerra son aparentemente preincas no hay que hacer intervenir el otro tipo de poder, que es el político, y que sí fue ejercido por el Imperio Inca. Poder que desplegó estrategias, militarismo, vialidad controlada, alianzas, lo que curiosamente no estaría reflejado en el arte rupestre quebradeño.

7. Conclusiones

Menos polémico que postular un lapso de guerras intergrupales es entender la presencia de elites y jerarquías con dignatarios de prestigio (al decir de Núñez, 1987: 100) que podían viajar con fluidez, acumulando objetos de arte de las regiones de su influencia, intercambiaban ideas religiosas, mezclaban sus lenguas, eventualmente recurrían al pintor rupestre para que hiciera la crónica de sus logros y poderes.

Que hubo escaramuzas y confrontación de influencias entre tribus no es de dudar como lo demostró la cantidad de marcas de armas contundentes en cráneos y los mismos cráneos trofeo de la Quebrada de Humahuaca correspondientes a cabezas cercenadas.

Pero el postular un estado de guerra generalizado, tan perfilado como para que haya llegado a las “Crónicas” encargadas por España y escritas 300 años después, figurando como verdadera “Era”, es demasiada inferencia. Deducción, disquisición, elaboración de gabinete que supera incluso el margen admisible (Gradin, 1978).

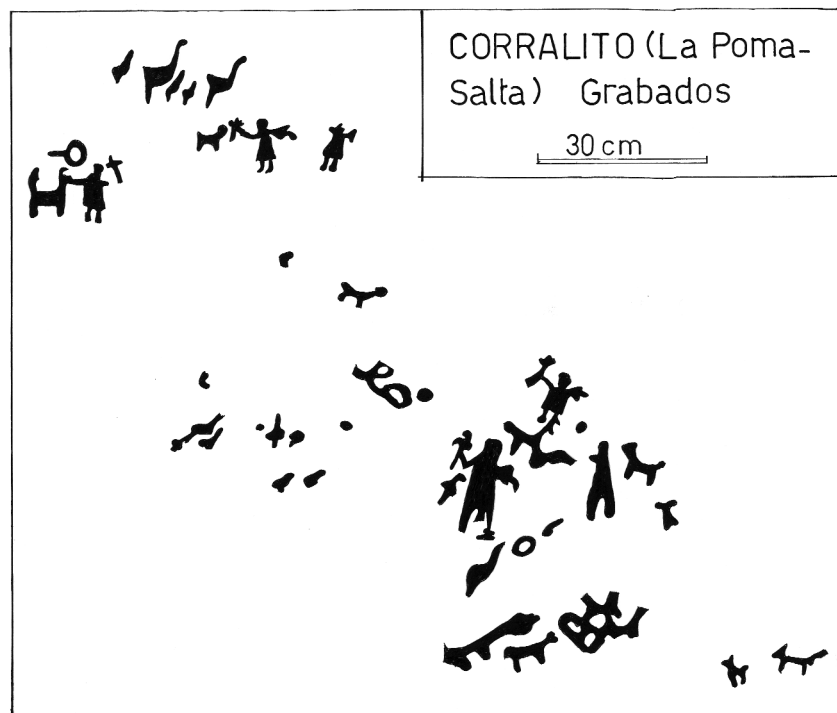


FIG. 6. Una escena de movilización de pobladores, hacha en mano. Las hachas son las del tipo mostrado en la Fig. 4. Grabados inéditos revelados por A. Fernández Distel, 2005. Sitio: Corralito, altiplano de Salta, Argentina.

Inferencia no viable del momento que supera lo icónico para anclar en las fuentes históricas del Perú tan capciosas como las de los jesuitas mestizos (Poma de Ayala). Los relatos de Poma de Ayala, Cieza de León, el padre Cobo, al fin, también fueron compuestos en base a tradición oral, tan mitopoyética²⁶ como la que se podría recoger hoy, con todas las complicaciones que lo oral acarrea a la crítica histórica. En el caso de los vocabularios (Bertonio) éstos forzaban el contenido de sus entradas recurriendo indiscriminadamente a información cuestionable.

Considero que el conflicto en el segundo tramo del Periodo de Desarrollos Regionales de la Quebrada de Humahuaca pudo ser un epifenómeno de la existencia de diferencias sociales, pero también de la entrada de tribus del Chaco amenazando desde el Este. Estas tribus nómades en el último lapso de la época prehispánica amenazaban desde distintas abras que daban a las planicies boscosas periandinas.

Esta cuota de conflicto en la vida del habitante de Humahuaca nunca llegó a ser tan fuerte como para cubrir la tradicional temática en grabados y pinturas de cuevas y aleros: las guardas geométricas, los zoomorfos y antropomorfos en caravanas, los signos de carácter astronómico, las máscaras, los teriomorfos y terantropomorfos. Temáticas que remiten directamente a la religión y al meollo de todo arte rupestre.

Que el motivo de tiro o caravanero es potente en toda la región circumpuneña es tema incuestionable. Engloba y subsume al motivo del conflicto y se abre en las cuatro direcciones siguiendo principalmente los caminos de la sal del momento que este bien mineral es atesorado por los

²⁶ O mitohistórica, como la denomina Gil García (2005: 199).

salares que se hallan en el corazón de la puna chilena-boliviana y argentina.

Si de dato, como materia bruta para elaborar modelos de interpretación arqueológica, se trata, la información sobre precisos caminos salineros o sobre determinadas abras en la montaña por la que penetraba la invasión de los selváticos a los microclimas andinos del Noroeste argentino es menos inferencial que la propuesta de la guerra andina preinca y la amplia aceptación de los cuzqueños como pacificadores universales.

Son de alentar trabajos sobre la cultura oral actual de los pueblos de la región que combina la densidad de restos arqueológicos en su hábitat con estilos morales y estéticos en continua resignificación. Sin proponer trabajos de corte etnoarqueológico, se pueden explorar conductas con raíces en los tiempos prehistóricos cristalizando en nuestros días en relatos que reflejen el ansia por asumir responsablemente el patrimonio ancestral andino.

Bibliografía

- BEDNARIK, R. (2001): *Rock Art Science, the scientific study of Paleart*. Turnhout: Brepols.
- BOMAN, E. (1908-1992): *Antigüedades de la región andina de la República Argentina y del desierto de Atacama*, tomo II. San Salvador de Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy.
- BORRERO, L. (1984): "Revisión de la arqueología contemporánea", *Revista Antropológica*, 3, pp. 11-19.
- CENSABELLA, M. (1999): *Las lenguas indígenas de la Argentina*. Buenos Aires: Eudeba.
- COX, V. (2002): *Guamán Poma de Ayala, entre los conceptos andino y europeo del Tiempo*. Archivos de Historia Andina, 37. Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas.
- FERNÁNDEZ, J. (2000): "Escenas de guerra en el arte rupestre de la cueva del Cerro Morado, cerca de Tres Cruces, Jujuy", *Pacarina*, 1, pp. 86-117.
- FERNÁNDEZ DISTEL, A. (1983): "Continuación de las Investigaciones Arqueológicas en la Quebrada de La Cueva: Chayamayoc (Pcia. De Jujuy), República Argentina", *Scripta Ethnologica Suplementa*, 2, pp. 43-52.
- (1993-1994): "El corpus mítico del Rey Inca y las generaciones del Mundo, etnología y arqueología en Guairazul, Puna de Jujuy", *Paleoetnológica*, 7, pp. 21-49.
- (1997): "Topónimos y arqueología en Jujuy: Incahuasi, un nuevo sitio con Arte Rupestre". En *Actas y memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, tomo XIII. Mendoza: Museo de Historia Natural, pp. 91-110.
- FORGIONE, C. A. (2000): *Etnología General y Argentina*. Buenos Aires: Universidad Libros.
- GIL GARCÍA, F. (2005): "Batallas del pasado en tiempo reciente. 'Guerra antigua', civilización y pensamiento local en Lípez (dpto. Potosí, Bolivia)", *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, 34 (2), pp. 197-220.
- GOEBEL, B. (1998a): "Risk, uncertainty, and economic exchange in a pastoral community of the andean highlands (Huanacar, NW Argentina)". En SCHWEIZER, T. y WHITE, D.

- (eds.): *Kinship, networks and exchange*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 158-177.
- (1998b): “‘Salir de viaje’, producción pastoril e intercambio económico en el noroeste argentino”. En DEDENBACH SALAZAR SÁENZ, S.; ARELLANO HOFFMANN, C.; KOENIG, E. y PRUEMERS, H. (eds.): *50 años de Estudios Americanistas en la Universidad de Bonn*. Bonn: Verlag Anton Saurwein, pp. 867-891.
- GONZÁLEZ, A. R. (1967): “Una excepcional pieza de mosaico del Noroeste Argentino”, *Etnia*, 6, pp. 1-28.
- GONZÁLEZ, A. R. y NÚÑEZ REGUEIRO, V. (1969): “Ensayo sobre los tensores y manoplas del Noroeste argentino”, *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural de Santiago de Chile*, 30, pp. 236-290.
- GONZÁLEZ, L. (2004): *Bronces sin nombre, la metalurgia prehispánica en el noroeste argentino*. Buenos Aires: Ediciones Fundación CEPPA.
- GRADIN, C. (1978): “Algunos aspectos del análisis de las manifestaciones rupestres”, *Revista del Museo Provincial de Neuquén*, 1, pp. 120-133.
- LANATA, J. L. y BORRERO, L. (1994): “Riesgo y arqueología”. En LANATA, J. L. y BORRERO, L. (eds.): *Arqueología de cazadores recolectores, límites, casos, aperturas*. Arqueología contemporánea, 5, Edición especial, pp. 129-143. Buenos Aires.
- LARA, J. (1971): *Diccionario Queshwa-castellano, castellano-queshwa*. La Paz: Editorial Los Amigos del Libro.
- LAURENCICH-MINELLI, L. y NUMHAUSSER BAR-MAGEN, P. (2004): *El silencio protagonista, el primer siglo jesuita en el Virreinato del Perú, 1567-1667*. Quito: Ediciones Abya Yala.
- LEHNERT SANTANDER, R. (2005): “El canto ceremonial Chau Chau ¿Penetración lingüística del puquina en la 2ª Región?”, *Hombre y desierto*, 12, pp. 123-130.
- LENSSEN ERZ, T. (1992): “Coherence- a constituent of scenes in rock art: the transformations of linguistic analytical models for the study of rock art paintings in Namibia”, *Rock Art Research*, 9, pp. 87-105.
- LYNCH, T. (1975): “Algunos problemas básicos del estadio de caza recolección andina: Trashumancia”, *Estudios Atacameños*, 3, pp. 7-10.
- MURRA, J. (1972): “El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas”. En *Visita de la Provincia de León de Huánuco –1562– por Íñigo Ortiz de Zúñiga Visitador*. Lima.
- NIELSEN, A. (1995): “Aportes al Estudio de la producción agrícola Inka en la Quebrada de Humahuaca, Jujuy Argentina”, *Hombre y Desierto*, 9, pp. 246-256.
- (1996): “Apuntes para el estudio arqueológico de la evolución social en la Quebrada de Humahuaca, Jujuy, Argentina”. En *Actas del congreso de Investigación Social*. Tucumán: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, pp. 435-441.
- (2002): *Quebrada de Humahuaca, un itinerario cultural con 10.000 años de historia*. Buenos Aires: Artes Gráficas Ronor.
- (2005): “La edad de los Auca Runa en la Quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina)”, *Memoria Americana*, 11, pp. 73-107.
- NÚÑEZ, L. (1987): “Tráfico de metales en el área centro sur andina: hechos y expectativas”, *Cuadernos del INAPL*, 12, pp. 73-106.
- POMA DE AYALA, F. G. (2002-1600?): *Las ilustraciones de Guamán Poma desde la Creación hasta el calendario de Los Incas*. Cuzco: Editorial Comentarios.
- RENFREW, C. (1990): *Arqueología y lenguaje, la cuestión de los orígenes indoeuropeos*. Barcelona: Editorial Crítica.
- RUIZ, M. (2005): “Unkus en la Puna de Jujuy”. En SANTAMARÍA, D. (ed.): *Jujuy, arqueología, historia, economía y sociedad*. San Salvador de Jujuy: CEIC, pp. 82-95.
- SANTAMARÍA, D. (2001): *Memorias del Jujuy Colonial y del Marquesado de Tojo*. La Rábida: Universidad Internacional de Andalucía.
- YACOBACCIO, H. (1991): “Información actual, analogía e interpretación del registro arqueológico”, *Shincal*, 3 (1), pp. 185-194.
- (1996): “Comentario al artículo ‘Demografía y cambio social en la quebrada de Humahuaca, Jujuy, Argentina, 700-1535 DC’ de A. Nielsen”, *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, nueva serie XXI, pp. 355-358.

